

## **POSTFACIO a la tercera edición del libro *Entre la ruta y el barrio*, 3 Biblos, 2009**

**Argentina: la reconfiguración del espacio piquetero (2003-2009)<sup>1</sup>**

**Maristella Svampa**

Durante los años '90 la frontera de la exclusión fue delineada básicamente por la problemática de la desocupación. En un contexto de empobrecimiento y de descolectivización de las clases populares, nacieron las grandes organizaciones de desocupados, cuyos ejes centrales serían la acción directa (el corte de ruta o piquete), el trabajo comunitario en el barrio (la acción territorial), el control de planes sociales otorgados por el gobierno y la democracia asamblearia (en sus diferentes niveles)..

Como se ha visto a lo largo de este libro, desde sus orígenes, los movimientos de desocupados estuvieron atravesados por diferentes corrientes político-ideológicas, que incluyen desde el populismo nacionalista hasta una multiplicidad de organizaciones partidarias e independientes de corte anticapitalista. Sin embargo, pese a la heterogeneidad político-ideológica, la existencia de un repertorio común de acciones y el desarrollo de una estrategia de cooperación entre las diferentes corrientes hizo posible que pudiéramos hablar de un “movimiento piquetero”, en creciente ascenso político-social. Esto fue lo que efectivamente sucedió hasta mediados de 2001, año en que se realizaron las dos grandes asambleas piqueteras, que reunieron a la casi totalidad del nuevo arco militante, pero determinaron la imposibilidad de una coordinación a largo plazo entre el conjunto de organizaciones. A partir de 2002, luego de la gran represión de Avellaneda, y posteriormente, con el ascenso de N. Kirchner, el proceso de fragmentación organizacional, ya visible en los años anteriores, se acentuaría notablemente. Entre 2002 y 2004, en un contexto de fuertes movilizaciones, las organizaciones piqueteras alcanzarían un gran protagonismo político, que no por casualidad combinaría la mayor visibilidad social con una fuerte demonización político-mediática. Sin embargo, hacia fines de 2004, el escenario político terminó por reconfigurarse; paulatinamente, sea a través de la integración, sea a través del reflujo y el disciplinamiento, las organizaciones piqueteras irían resignando la centralidad que tuvieron en la cartografía argentina de las resistencias, en favor de otros conflictos

---

<sup>1</sup> Esta actualización retoma parcialmente el artículo “Argentina: Una cartografía de las resistencias (2003-2008) Entre las luchas por la inclusión y las discusiones sobre el modelo de desarrollo”, Revista OSAL, Clacso, vol. 9, n 24, 2008, pp.17-50.

sociales (sindicales y socio-ambientales). En lo que sigue, pasaremos revista a algunas de las líneas principales que han definido dicho proceso.

### **1- El “momento kirchnerista” y el nuevo escenario**

Aunque el gobierno de Néstor Kirchner (2003-2007) estuvo lejos de apostar a una refundación política, como sostienen sus defensores, su gestión tampoco puede ser interpretada sin más en términos de continuidad lineal respecto de los años '90. En realidad, las ambigüedades, la tensión entre continuidades y rupturas, en fin, los dobles discursos, constituyeron inicialmente el hilo articulador de su política, en un escenario en el cual paulatinamente se iría afirmando como tendencia la consolidación de lo viejo por sobre las aspiraciones de lo nuevo.<sup>2</sup>

Entre sus méritos se destaca la salida de la gran crisis de 2001-2002. Como escribimos en la primera addenda, la gran crisis de 2002 estuvo recorrida por demandas ambivalentes y contradictorias: por un lado, existía un llamado a la solidaridad y a la autoorganización social, lo cual desembocó en la conformación de un rico campo multiorganizacional de carácter antineoliberal; por otro lado, la crisis expresaba también un fuerte llamado al orden y al retorno a la normalidad frente a lo que podía considerarse una amenaza de disolución social. Así, durante 2002 la Argentina se convirtió en un laboratorio de nuevas formas de acción colectiva, visibles en las movilizaciones de los desocupados, el surgimiento de asambleas barriales, la recuperación de fábricas quebradas y la multiplicación de colectivos culturales. Durante un tiempo, en este escenario de efervescencia y de cruces sociales inéditos, tendió a imponerse la demanda de solidaridad. Sin embargo, a principios de 2003 el declive de las nuevas movilizaciones y la fragmentación de las organizaciones de desocupados fueron diluyendo la expectativa de una recomposición política “desde abajo” para dar paso a una fuerte demanda de orden y normalidad. En este sentido, Kirchner se hizo eco de este mensaje social, en la medida en que apuntó a encarnar la exigencia creciente de normalidad, tal como aparecía ilustrada en su consigna “Por un país en serio, por un país normal”.

Ahora bien, los primeros gestos políticos de Kirchner fueron más allá de esta demanda, mostrando una vez más la productividad política del peronismo. Productividad

---

<sup>2</sup> Hemos abordado el tema en “Las fronteras del gobierno de Kirchner”, en M.Svampa (2008b).

manifiesta en las primeras medidas, que generaron una amplia expectativa social y recolocaron en el primer plano el sistema institucional, redefiniendo así la escena política (descabezamiento de la cúpula militar, recambio de la Corte Suprema de Justicia, nueva política de derechos humanos, en relación con los crímenes de la última dictadura militar). Asimismo, el gobierno de Kirchner se instaló en un espacio de crítica al neoliberalismo, nota común de las grandes movilizaciones de 2002. A nivel latinoamericano, su llegada se vio favorecida por la emergencia de un nuevo polo contestatario, visible en el surgimiento de gobiernos de “centroizquierda”, como el de Luiz Inácio “Lula” da Silva en Brasil y Hugo Chávez en Venezuela. Este cambio de clima ideológico se expresaría en la retórica antineoliberal que Kirchner asumiría desde mediados de 2003, que apuntaría a ciertos agentes económicos nacionales (en especial, los sectores agrarios), así como a algunas empresas privatizadas en manos de consorcios multinacionales. Esta retórica tuvo la capacidad de interpelar a una parte del campo militante, que se reconoce deudor de la tradición nacional-popular, asociada al peronismo histórico.

Por último, al final de su gestión, Kirchner podía exhibir así logros económicos importantes respecto de la gran crisis de 2002, cuando la devaluación produjo una caída del producto bruto interno del 16%, la tasa de desocupación llegó a alcanzar el 21% y el salario real disminuyó un 24%. Entre 2003 y 2007, el producto bruto interno alcanzó un crecimiento anual de alrededor del 9%, mientras que la desocupación fue descendiendo de 17,3% en 2003 a 8,5%, en 2007, según cifras del INDEC. En gran medida, las altas tasas de crecimiento económico y el superávit fiscal se debieron a la recuperación de la industria, luego de la devaluación del peso, así como a la expansión vertiginosa del modelo extractivo-exportador y la consolidación del modelo agrario, basado en los cultivos transgénicos.

Los buenos índices macroeconómicos reflejaban empero un crecimiento muy desigual. Así, las brechas económicas y sociales abiertas en los 90, y reforzadas luego de la salida desordenada de la convertibilidad entre el peso y el dólar, se consolidaron. Si en la década anterior, el 10% más rico ganaba veinte veces más que el 10% más pobre, en la actualidad la brecha es un 35% más amplia: supera veintisiete veces. Ciertamente es que la pobreza, que al comienzo de la gestión de Kirchner alcanzaba el 57%, se redujo al 34%; pero en los 90 la brecha era del 24% (Lozano, 2005, 2006), todo lo cual hace pensar que la crisis de 2002 instaló un nuevo umbral desde el cual observar las desigualdades.

Volviendo a 2003, es cierto que el nuevo gobierno se encontró con organizaciones piqueteras que contaban con un fuerte poder de convocatoria. Sin embargo, la gran represión llevada a cabo en junio de ese año en el Puente Pueyrredón, que costó la vida de dos jóvenes militantes y dejó un centenar de heridos, supuso una primera gran inflexión, que golpeó de lleno a las organizaciones y movilizó vastos sectores sociales en contra de una política represiva abierta y la amenaza de instalación de un Estado autoritario. Al mismo tiempo, las organizaciones piqueteras ya mostraban una tendencia cada vez mayor a la fragmentación.

En este sentido, la política de Kirchner consistió en poner en acto, simultáneamente, el abanico de estrategias disponibles para integrar, cooptar y disciplinar a las organizaciones piqueteras, pero evitando la represión abierta y sistemática que la propia sociedad rechazaba. Este proceso encontró una primera traducción en el realineamiento que la propia entrada de Kirchner produjo en el espacio piquetero, visible, por un lado, en la institucionalización y la integración de las corrientes afines a la tradición nacional-popular, dispuestas a apoyar la política del nuevo presidente; por otro lado, en la oposición y la movilización de las vertientes ligadas a la izquierda partidaria y autónoma.

Por otro lado, aunque la demanda central de los piqueteros siempre fue por trabajo, los diferentes gobiernos desarrollaron una política de contención del conflicto a través del otorgamiento de subsidios (planes sociales), según el modelo del workfare (empleo forzoso), dictaminado por los organismos internacionales. Desde el comienzo, las organizaciones piqueteras vivieron con ambivalencia esta dependencia respecto del Estado, que las insertaba claramente en los marcos de un modelo asistencial. Al mismo tiempo, tenían conciencia de que dichos recursos económicos eran necesarios para paliar las urgencias de la población, al tiempo que podían impulsar el desarrollo de formas de organización alternativa y de nuevos espacios de politización. Sin embargo, en medio de la gran crisis, durante el gobierno provisorio de Duhalde (2002-2003) los subsidios a desempleados desbordaron el universo piquetero, aumentando de 700 mil a casi 2 millones, a partir de la instalación del Plan Jefas y Jefes de Hogar (PJJHD). Esta política de ayuda social se continuó con Kirchner, quien retomó la iniciativa de “recuperar” el espacio perdido por el peronismo en manos de las nuevas organizaciones de tipo territorial. Asimismo, la política asistencial fue la punta de lanza para demonizar a las organizaciones piqueteras, apuntando a su flanco más débil (la dependencia

respecto del Estado), acusadas de supuestos manejos clientelares y manipulación política.

Los PJJHD conllevaron un fortalecimiento de la matriz asistencial y ello, por varias razones, entre las cuales se destaca su carácter no universalista, así como los manejos abiertamente discrecionales que los gobiernos (en sus diferentes niveles) realizaron en los distritos más pobres del país. A diferencia de los anteriores, los PJJHD condujeron a una individualización de la contraprestación laboral, y apuntaron por ello a desarticular los proyectos colectivos que desarrollaban las organizaciones piqueteras. Asimismo, pese a su carácter paliativo durante la crisis de 2002 (50 U\$A por mes), la inflación de los últimos años licuó completamente sus efectos compensatorios. Finalmente, en los últimos tiempos el objetivo del gobierno (ahora a cargo de Cristina Fernández de Kirchner) ha sido la de desactivar paulatinamente dichos planes. En algunos casos, los beneficiarios fueron incorporados al mercado de trabajo, pero aquellas personas consideradas “inempleables” tienden a ser transferidas a otros programas asistenciales, entre ellas al “Plan Familias”, cuya lógica de funcionamiento es similar, aunque está destinado únicamente a las madres con hijo/as a cargo y mujeres embarazadas.<sup>3</sup>

Como consecuencia de este conjunto de procesos, la reconfiguración del espacio piquetero fue mayor. Por un lado, a partir de 2003 asistimos al final de la alianza estratégica entre las dos grandes organizaciones territoriales, la FTV y la CCC, que habían liderado las luchas antineoliberales desde 1997. Por el otro, el Bloque Piquetero Nacional, constituido por organizaciones ligadas a partidos de izquierda y agrupaciones independientes, y protagonista de grandes movilizaciones entre 2002 y 2004, sufrió un gran desgaste y debilitamiento, de cara al escenario de judicialización del conflicto y de estigmatización mediático-social que se fue montando. Asimismo, las organizaciones ligadas a las corrientes autonómicas también conocieron una fuerte inflexión. Una vez pasada la efervescencia social y, con ello, el período de resonancia con las clases medias movilizadas, hacia mediados de 2004 las organizaciones piqueteras disidentes se encontraron en las calles con un importante nivel de aislamiento social, pero en un contexto político bien diferente del de los años anteriores. Veamos algunos detalles de estas transformaciones.

---

<sup>3</sup> Según cifras oficiales (Indec), a principios de 2007, el Plan Jefas y Jefes de Hogar Desocupados (PJJHD) contaba con 1.028.770 beneficiarios; el Plan de Pensiones asistenciales, con 530.000; el de Familias para la Inclusión Social, con 410.000; Manos a la Obra, con 575.000, y el Seguro de Capacitación y Empleo, con 32.000. Para el mismo año, la tasa de desempleo abierta era de 8,5%, y de 9,5%, incluyendo los planes sociales.

## 1. El retorno de la tradición nacional-popular y el campo oficialista

La hipótesis de la integración y la institucionalización comenzó a perfilarse tempranamente como una de las tendencias centrales del gobierno de Kirchner, alimentadas por el accionar de ciertas organizaciones sociales que vieron en el nuevo presidente la posibilidad de un retorno a las “fuentes históricas” del peronismo. Más aún, este nuevo giro del peronismo coincidió con la configuración de un nuevo escenario en América Latina, atravesado por la circulación de prácticas contestatarias y la emergencia de gobiernos de centroizquierda. En este marco, Chávez devino el nuevo modelo de referencia, en virtud de las afinidades entre éste y la tradición nacional-popular argentina.

Es cierto que, anteriormente, en el campo piquetero algunas de estas agrupaciones ya habían manifestado una tendencia hacia la institucionalización (como la FTV); otras, más incipientes, habían desarrollado un perfil más combativo (como la juvenil Barrios de Pie). Por su parte, desde el poder Kirchner se encargó de promover la creación de nuevas organizaciones sociales, entre ellas, el Movimiento Evita, un frente de organizaciones territoriales, de fuerte presencia en todo el país, que retoma abiertamente la iconografía peronista.

Desde entonces, este conjunto de antiguas y nuevas organizaciones reciben un tratamiento privilegiado de parte del gobierno nacional, beneficiadas por los nuevos programas sociales, entre ellos, el Plan Arraigo y Manos a la Obra, que contemplan la construcción de viviendas y el financiamiento de emprendimientos productivos. A partir de 2005, varios dirigentes piqueteros se incorporaron al gobierno, sobre todo en secretarías ligadas a la acción social y comunitaria, a nivel nacional y provincial, como en la Cancillería, lugar privilegiado para llevar a cabo un entrelazamiento de las acciones a nivel latinoamericano. Dichas organizaciones comparten espacios de poder con intendentes y gobernadores anteriormente ligados a la época del menemismo o a lo más rancio del aparato justicialista, sectores con los cuales consideran que han entablado una disputa de poder.<sup>4</sup>

---

<sup>4</sup> La llamada “plaza del sí”, convocada por Kirchner en el tercer aniversario de su gobierno (25 de mayo de 2006), fue la ocasión para reunir en un mismo espacio un conjunto heteróclito de organizaciones que iba desde los organismos históricos de derechos humanos hasta las organizaciones piqueteras oficialistas, pasando por los sindicatos de la CGT y las organizaciones del peronismo bonaerense.

Desde el punto de vista territorial, organizaciones como Barrios de Pie ampliaron su campo de acción, sobre todo a partir del programa nacional “Promotores territoriales para el cambio social”, controlado desde el Ministerio de Desarrollo Social y concebido como una red de resolución de problemas. Paralelamente, como afirman Ana Natalucci y Bruno Fornillo (2009),<sup>5</sup> la organización buscó distanciarse de la “identidad piquetera”, resignificada como una fase de la lucha, cuya reivindicación aparece así asociada al período de “resistencia al neoliberalismo”. En este marco, dicha relectura haría hincapié en el abandono del piquete (corte de ruta) como estrategia de movilización, debido tanto al cansancio de los sectores medios como al acercamiento con el gobierno. De igual manera, el Movimiento Evita, que no posee una historia piquetera previa, apuntaría a construir su identidad en torno “de la militancia social y el trabajo de organización realizado en los barrios” (Natalucci:2009). Así, ambos movimientos tienden a reivindicar una tradición más movimientista, autodefiniéndose como “organizaciones sociales”, al tiempo que aspiran al desarrollo de un frente político más amplio, en el difuso espacio de la “transversalidad” impulsado por Kirchner al comienzo de su gobierno. En este sentido, estos grupos tendieron a sobreestimar la capacidad innovadora del gobierno de los Kirchner, al tiempo que resignaron toda iniciativa, como lo muestra la subordinación fiel a las consignas impartidas desde el gobierno: así, las movilizaciones protagonizadas desde entonces suelen tener como antagonista los sectores enfrentados con el gobierno (especialmente, los sectores formadores de precios y los sectores agrarios).

Esa estrategia política sufrió empero varios reveses: por un lado, en 2007, en ocasión de las elecciones generales, Néstor Kirchner y su esposa y sucesora, Cristina Fernández de Kirchner, sellaron una alianza política con los sectores más conservadores del peronismo así como con los llamados “radicales K”. Por otro lado, el propio Kirchner, luego de la asunción de su esposa a la presidencia, preparó su retorno a la dirección del Partido Justicialista, lo que se hizo efectivo en abril de 2008.<sup>6</sup> Ambas decisiones

---

<sup>5</sup> Para el período posterior a 2003, recomendamos muy especialmente el excelente libro colectivo “La huella piquetera”, compilado por S. Pereyra, F. Schuster y G. Perez, *La huella piquetera. Avatares de las organizaciones de desocupados poscrisis 2001*, Buenos Aires, Al Margen, en el cual se encuentran, entre otros, los trabajos de Natalucci y Fornillo

<sup>6</sup> Desde 2003, el Partido Justicialista no ha presentado un candidato único en las elecciones nacionales. Así, en ese año hubo tres candidatos peronistas a la presidencia. Tanto Néstor Kirchner como Cristina Fernández se presentaron con el Frente Para la Victoria, cuya composición partidaria es variable según los distritos, agrupando partidos de centro y centroizquierda. En 2005, luego de un agitado congreso partidario, el Partido Justicialista fue intervenido. La actual normalización partidaria, bajo la jefatura de Kirchner, dio por terminada la tímida experiencia de transversalidad, inaugurada por el Frente para la

echaron por tierra la ilusión populista de aquellas organizaciones sociales que habían apostado a una suerte de cambio político “desde adentro” o la construcción de una suerte de “transversalidad”, más allá de la estructura rígida del partido. En ese marco, a fines de 2008, el movimiento Barrios de Pie, abandonó el gobierno para establecer nuevas alianzas electorales con sectores de centro-izquierda.

Un devenir más azaroso parece haber tenido la FTV, ligada a la suerte de su máximo referente, el controvertido Luis D’Elía. Esa organización sufrió varias rupturas en los últimos años, al tiempo que se vio enfrentada a la propia CTA, de la cual forma parte, debido a las ambiciones del propio D’Elía, quien en 2003 vislumbró la oportunidad de alentar un proyecto propio, primero como candidato a gobernador de la provincia de Buenos Aires y, luego de su fracaso electoral, como funcionario del gobierno de Kirchner, desde la Subsecretaría de Tierras y Viviendas, a la que debió renunciar en 2006 (Armellino: 2009) Estos intentos por capitalizar políticamente la larga historia de la FTV y su desarrollo comunitario terminaron en el fracaso y lesionaron fuertemente la organización, en gran medida porque las estrategias estuvieron subordinadas a un estilo de liderazgo personalista y no a un proyecto colectivo. Todo ello no se tradujo, sin embargo, en un alejamiento con relación al gobierno de los Kirchner, de quien D’Elía aparece como uno de sus defensores públicos más acérrimos e incondicionales.

En suma, pese a que las organizaciones de desocupados de corte oficialista tendieron a expandirse y a multiplicar sus intervenciones, éstas han perdido su carácter disruptivo, en la medida en que sus acciones apuntan a acompañar y legitimar la agenda que impone el gobierno. Además, la estrategia de desarrollar una disputa “desde adentro”, no ha dado resultados positivos; no sólo su lugar en el mapa de poder peronista continúa siendo claramente marginal sino que dicha estrategia ha sido puesta en cuestión por la vuelta del viejo aparato del Partido Justicialista.

### **3. El campo de las organizaciones partidarias y autónomas**

A la integración, institucionalización y progresiva estatalización de los grupos filopopulistas, hay que sumar la estrategia de disciplinamiento y criminalización que el gobierno de Néstor Kirchner aplicó sobre los grupos más movilizadas, entre los que se encuentran las organizaciones ligadas a los partidos de izquierda, así como los grupos

---

Victoria, así como fortalecería el sistema tradicional de partidos. Sin embargo, Kirchner renunció a la presidencia del PJ, luego de la derrota electoral de junio de 2009.

independientes y autónomos. Para ello, el gobierno nacional no dudó en alimentar la estigmatización de la protesta –contraponiendo la movilización callejera a la exigencia de “normalidad institucional” –, impulsando activamente la difusión de una imagen de la democracia, supuestamente acosada por las agrupaciones piqueteras.

Poco importaba si las declaraciones gubernamentales daban cuenta de un vaivén peligroso que iba de la judicialización al reconocimiento de las necesidades de los desocupados, del cuestionamiento de la representatividad de las organizaciones a la afirmación del derecho legítimo a la protesta. La campaña de invectiva y descalificación verbal tuvo momentos de alto voltaje entre octubre de 2003 y agosto de 2005. Los esquemas maniqueos y las simplificaciones ganaron el lenguaje periodístico y apuntaron a reducir la experiencia piquetera a una metodología de lucha (el piquete), así como se multiplicaron los ataques contra las organizaciones, acusadas de asistencialismo (dependencia con relación al Estado a través de los planes sociales) y hasta de nuevo clientelismo de izquierda. El resultado fue el efectivo avance de la judicialización y la instalación de un fuerte consenso antipiquetero, sostenido y avalado por amplias franjas de la opinión pública.

Cierto es que los movimientos piqueteros también contribuyeron a esta situación de aislamiento y deslegitimación. Muy especialmente, las organizaciones ligadas a los partidos de izquierda (que incluyen diferentes variantes del trotskismo) tuvieron serias dificultades para reconocer el cambio de oportunidades políticas (la demanda de normalidad) y la productividad política del peronismo, por lo cual diagnosticaron que Kirchner representaba una pura continuidad respecto de los gobiernos anteriores. En consecuencia, y en un escenario de fuerte confrontación, tendieron a impulsar la movilización callejera, multiplicando los focos de conflicto y, en última instancia, olvidando la vulnerabilidad de las bases y la gran asimetría de fuerzas y recursos existentes.

En este contexto, todas las organizaciones piqueteras opositoras al gobierno de Kirchner sufrieron procesos de fragmentación organizacional y, en un fuerte marco de reflujo de la acción en las calles, se vieron obligadas a revisar sus estrategias de intervención política. Una de las organizaciones masivas más afectadas fue la CCC, ligada al maoísmo, que luego de un período de oscilaciones políticas y habiendo aceptado el desarrollo de emprendimientos propuestos por el gobierno (sobre todo, para la construcción de viviendas), optó por realizar el pasaje a la oposición. Por su parte, las organizaciones ligadas al trotskismo (como el Polo Obrero) presentaron una fuerte línea

de continuidad respecto del período anterior, en la medida en que buscaron subordinar la temporalidad propia de las organizaciones territoriales a lo político-partidario o, más recientemente, a lo político-electoral. Sin embargo, la distinción entre lo social-reivindicativo (el trabajo territorial, en sus diferentes aspectos) y lo estrictamente político (y ello, por encima de de sus definiciones) continúa siendo un elemento de debate y de reflexión presente en casi todas las organizaciones, dada la difícil coexistencia establecida, desde los orígenes mismos del accionar piquetero, entre la urgencia de las demandas y las aspiraciones de corte emancipatorio.

Por último, las estrategias de las organizaciones independientes fueron marcadamente heterogéneas, tanto debido a la ausencia de un posicionamiento único ante las políticas sociales desarrolladas por el gobierno como al desinterés en la creación de espacios de articulación política. Algunas de ellas, como el Movimiento Teresa Rodríguez, de inspiración guevarista, aceptaron incorporarse a los planes de autoconstrucción de viviendas y desarrollo de emprendimientos textiles (fábrica de guardapolvos) que propuso el gobierno de Néstor Kirchner, en un proceso que si bien implicó logros, superó rápidamente la posibilidad de ajustar las lógicas (a la vez individuales y económicas) desarrolladas por las cooperativas de vivienda y las unidades textiles, con la lógica (a la vez colectiva y política) propia del movimiento social.

La organización autónoma que mejor sorteó este período de reflujo y reconfiguración organizacional fue el Frente Darío Santillán, proveniente de la Coordinadora Aníbal Verón. En efecto, el FDS continuó el trabajo de consolidación territorial, a través de los emprendimientos ligados a la producción artesanal y la autogestión (panaderías, huertas comunitarias, bloqueras). Desde una perspectiva política, apuntó a ampliar la acción hacia otros espacios –el frente campesino, estudiantil (quizá el más desarrollado) y sindical–, anudando fuertes lazos con movimientos campesinos (en especial, con el Mocase). Al mismo tiempo, potenció la dimensión cultural del movimiento (creación de una editorial, una distribuidora cultural, varios bachilleratos populares, entre otros), lo cual tornó ostensible la coexistencia y el entrelazamiento novedoso entre el modelo de militante social y el del activista cultural. Por último, el movimiento extendió su plataforma discursiva, incorporando activamente la problemática relativa a la defensa de los recursos naturales (como las luchas contra la minería a cielo abierto).

A diferencia de ellos, otro de los movimientos independientes más emblemáticos del período 1997-2003, el MTD de Solano –expresión radical del autonomismo–, entró en una etapa de visible declive, ligada tanto a la opción por un desarrollo territorial

focalizado (la concentración en unos pocos emprendimientos productivos) como a una estrategia aislacionista y claramente desmovilizadora. Esto se tradujo en una significativa ausencia política en el plano regional y nacional, pese a su llamativa presencia en los foros internacionales alternativos.

En suma, en el período que va de 2003 a 2008, asistimos a una fuerte reconfiguración del espacio piquetero. La inflexión fue triple. En primer lugar, más allá del mejoramiento de la situación económica, el gobierno de Duhalde, y luego el de Kirchner, apuntaron a cerrar la brecha abierta por los piqueteros en el mundo popular, a través de una batería diferente de programas sociales, basada en la participación territorial y la relación clientelar (modelo asistencial-participativo).<sup>7</sup>

En segundo lugar, el gobierno de Kirchner desarrolló una serie de estrategias diferencias en relación con las organizaciones de desocupados. Así, tuvo la capacidad de interpelar a las organizaciones afines al peronismo, lo cual aparece reflejado por la cantidad de organizaciones anteriormente movilizadas e incorporadas al gobierno. Sin embargo, el avance de las mismas fue magro y en no pocos casos su rol apuntó a la legitimación de un modelo asistencial-participativo, que consolida la inclusión de los excluidos como excluidos. Asimismo, el gobierno respondió a las organizaciones opositoras a través del disciplinamiento, la demonización político-mediática y la judicialización del conflicto social.

En tercer lugar, en un marco de salida de la crisis, éxito económico, persistencias de las desigualdades, se fue operando un fuerte corrimiento de las fronteras del conflicto social: El cierre de las fronteras de la exclusión y el corrimiento de los conflictos sociales hacia la matriz sindical, así como la explosión de los conflictos socio-ambientales, volvieron a colocar un velo de indiferencia e invisibilidad sobre el accionar de las organizaciones piqueteras, en su gran parte debilitadas, encapsuladas en el trabajo territorial de los barrios y con escasas posibilidades de hacer escuchar sus reclamos.

\* \* \*

---

<sup>7</sup>Nuestra hipótesis es que existe una figura de la ciudadanía restringida, reservada a los excluidos de la matriz neoliberal, que podemos designar con el nombre de “modelo participativo-asistencial”. El mismo se haya montado sobre tres ejes mayores: el desarrollo de una política focalizada, la omnipresencia del estado y la participación en redes comunitarias. Hemos abordado una caracterización del modelo asistencial participativo en M.Svampa, *La sociedad Excluyente. La Argentina bajo el signo del neoliberalismo*, Buenos Aires, Taurus, 2005

No es ninguna novedad afirmar que en la Argentina de los noventa emergieron nuevas formas de organización y acción colectiva, como producto de la resistencia a las políticas neoliberales. Entre estas expresiones, la nota más original fue el surgimiento de un conjunto de movimientos de desocupados, que se expandieron a partir de 1996-1997 y adquirieron un gran protagonismo político entre 1999 y 2004/2005. A diez años de su surgimiento, y en condiciones de proyectar una mirada más abarcativa del proceso político y sus diferentes etapas, quisiéramos cerrar esta actualización con dos reflexiones finales.

En primer lugar, uno de los grandes problemas de los movimientos de desocupados ha sido la dificultad de sellar solidaridades políticas duraderas, tanto externas como internas. La dificultad por suscitar adhesiones y aliados importantes por fuera del campo militante no fue exclusiva responsabilidad del gobierno nacional, de los medios de comunicación, en fin, los llamados “sectores de poder”, ni tampoco solamente de la mirada racista y unidimensional que adoptó gran parte de la sociedad argentina. Hacia adentro, necesario es decir, asistimos a una potenciación mayúscula de las divergencias entre las diferentes vertientes político-ideológicas; esto es, el pasaje de la cooperación al conflicto. Así, lo sucedido entre 2003 y 2005 con las organizaciones de desocupados deja planteado como desafío no sólo la importancia de la disputa cultural y simbólica en un escenario de agudización de los conflictos sociales sino también la urgencia de reflexionar acerca de cómo tender puentes y generar articulaciones entre los elementos más positivos y aglutinantes de las diferentes vertientes de la izquierda –la tradición nacional-popular, la tradición marxista clásica, ligada a los partidos de izquierda, y la narrativa autonomista–, que recorren y desbordan del espacio piquetero, atravesando el conjunto del campo militante.

En segundo lugar, en los últimos quince años, pese a las mutaciones, ningún otro movimiento popular ha sabido tener el protagonismo colectivo y la capacidad de interpelación social (positiva y negativa) que es dable atribuir a las organizaciones piqueteras. Ciertamente es que en los últimos cinco años la dinámica de los conflictos fue diseñando una cartografía de las resistencias diferente de aquella de los 90: nuevos movimientos socio-ambientales, corrientes sindicales no alineadas, colectivos culturales y territoriales, colectivos glttb, luchas campesino-indígenas, nuevos espacios de derechos humanos, van configurando un campo multiorganizacional extremadamente complejo en sus posibilidades de articulación. Pero ninguno de estos movimientos ha tenido la

centralidad política que podemos atribuir a las organizaciones piqueteras. Asimismo, los lenguajes de movilización y los repertorios de acción que hoy prevalecen en este conjunto de organizaciones, estaban ya presentes en las organizaciones de desocupados, desde fines de los `90: la territorialidad, la utilización de la acción directa, la expansión de la forma asamblea y la demanda de autonomía.

En fin, pese al reflujo, a las mutaciones, pero también a su innegable persistencia, los movimientos piqueteros han dejado una marca indeleble en la historia de las grandes luchas de los sectores populares de la Argentina contemporánea.

## INTERCALAR EN BIBLIOGRAFÍA

ARMELINO, M. (2009), “Tensiones entre organización sindical y organización territorial: la experiencia de la CTA y la FTV en el período poscrisis”, en S. Pereyra, F. Schuster y G. Perez, *La huella piquetera. Avatares de las organizaciones de desocupados poscrisis 2001*, Buenos Aires, Al Margen.

FORNILLO, B. (2009), “Derivas de la matriz nacional popular: el pasaje de la movilización a la institucionalización del Movimiento Barrios de Pie durante la presidencia de N. Kirchner, 2002-2007”, en S. Pereyra, F. Schuster y G. Perez, *La huella piquetera. Avatares de las organizaciones de desocupados poscrisis 2001*, Buenos Aires, Al Margen.

LOZANO, C. (2005), “Comportamiento de los sectores dominantes. Pobreza, distribución del ingreso y crecimiento en Argentina”, ponencia presentada en el encuentro “Plan Fénix, en víspera del segundo centenario”, Buenos Aires, septiembre de 2005.

– (2006), “La Argentina desigual”, *Moreno*, N° 179, 7 de diciembre de 2006.

NATALUCCI, A. (2009), “El movimiento Evita... de los barrios a la plaza. Desplazamiento de una trayectoria”, en S. Pereyra, F. Schuster y G. Perez, *La huella piquetera. Avatares de las organizaciones de desocupados poscrisis 2001*, Buenos Aires, Al Margen.

Svampa, M (2005) *La sociedad Excluyente. La Argentina bajo el signo del neoliberalismo*, Buenos Aires, Taurus, 2005

------(2008ª) “Argentina: Una cartografía de las resistencias (2003-2008)

Entre las luchas por la inclusión y las discusiones sobre el modelo de desarrollo”,  
Revista OSAL, Clacso, vol. 9, n 24, 2008, pp.17-50

------(2008b) *Cambio de época, Movimientos sociales y poder político*.  
Buenos Aires, siglo XXI-Clacso.